LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 24 DE JUNIO DE 1889 — NÚM. 391

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL BAÑO, cuadro de Mme. Demont Bretón (grabado por Baude)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL BAÑO, cuadro de Mme. Demont-Bretón

(grabado por Baude)

Por desgracia de nuestras sociedades, la gente pobre confundiendo dos ideas tan distintas como el lujo y la higiene incurre casi siempre en el error de descuidar los preceptos de ésta á pretexto de que son manifestaciones de aquél que su humilde posición no les consiente. ¡Lamentable preocupación! ¡Equivocación funesta! El lujo de la limpieza es un lujo que pueden permitirse las clases más desheredadas; la naturaleza en su benéfica sabiduría ha prodigado á manos llenas la primera materia, el agua.

Así lo entiende y lo entiende bien la madre del cuadro que reproducimos: podrá no tener finas batistas y ricos encajes con que cubrir el cuerpecito de su robusto hijo pero no le faltan ni una tinaja en que bañarle ni solicitud para conservarle la única fortuna del pobre, la salud, en la cual tan importante papel representa la limpieza.

Mme. Demont-Bretón al pintar un cuadro lleno de encanto y de gracia ha prestado un buen servicio á las madres indigentes: les ha dado *gratis* un consejo más valioso de lo que á primera vista parece y les ha indicado un medio asequible á todas las fortunas de proporcionarse un gusto y de cumplir el principal precepto de la ciencia madre de la medicina.

OVIDIO EN EL DESTIERRO
Estatua de Héctor Ferrari

El autor de esta bella estatua, expuesta en el certamen italiano celebrado en Roma durante el corriente año, es un artista distinguido y un hombre político importante hasta el punto de contarse entre el escaso número de diputados republicanos del parlamento. Su Ovidio tiende visiblemente á escuela clásica y es una buena interpretación del famoso poeta latino desterrado al Ponto Euxino, donde había de extinguirse su vida.

La expresión del semblante y la actitud del personaje, revelan la nostalgia del hombre que se siente morir lejos de su patria; el ropaje está trazado con amplitud y hasta con lujo de dificultades acumuladas adrede para ser vencidas.

DANZA ORIENTAL, cuadro de Enrique Serra

Cualquiera que contemple el cuadro de Enrique Serra comprenderá cuán potente hubo de ser el esfuerzo de su imaginación para concebir y reproducir una de esas escenas íntimas de la vida oriental que por desarrollarse en el sagrado del harem son completamente ignoradas por los profanos. No parece sino que el artista ha logrado con mágico conjuro traspasar los infranqueables umbrales de aquel recinto y sorprender los secretos que en él se ocultan á las miradas de los simples mortales. ¡Tan acabado y tan lleno de sabor local resulta el lienzo cuya copia reproducimos!

La indolencia, la voluptuosidad, el embrutecimiento, la indiferencia, estas cualidades salientes de la decadente civilización oriental están magistralmente retratadas en las distintas figuras del cuadro, cuyo marco y cuyos detalles son de una verdad y belleza irreprochables, formando todo ello un conjunto digno del pintor que en la actualidad es uno de los más preclaros miembros de la colonia artística española en Roma.

LA ESTRELLA DEL PASTOR
cuadro de Julio Bretón

(Exposición Universal de París de 1889)

El título de este cuadro está, á nuestro modo de ver, en abierta contradicción con la escuela á que la pintura pertenece: respira el primero poesía, parece indicar la existencia de un afecto tierno de que es objeto la campesina en el lienzo retratada; en cambio la segunda puede ser clasificada desde luego dentro del género realista que busca la belleza natural sin curarse poco ni mucho de las reglas académicas. Bretón ha seguido sin duda las huellas del inmortal Courbet, de ese revolucionario en todos los terrenos que así decretaba el derribo de la columna de Vendome en nombre de la *Commune* como en su calidad de artista arremetía contra lo que él calificaba de mentira y de preocupación rancia; y sin embargo no se ha sentido con fuerzas ó valor bastantes para romper por completo con la tradición artística que no estimando incompatibles la poesía y el realismo antes bien armonizando una y otro ha llegado en las modernas escuelas á ese género mixto que lo mismo huye de las lucubraciones idealistas que de las realidades repugnantes.

Decimos que no se ha sentido con fuerzas ó con valor para ello porque aun prescindiendo del hermoso paisaje que le sirve de fondo, su cuadro tiene cierto sentimiento que casi hace olvidar la dureza y la rusticidad de algunos detalles que en otro género podrían ser tenidos por defectos. Admitido el género, bien que algo atenuado, consideramos la obra de Bretón de indiscutible belleza: la figura de la arrogante aldeana es la figura de la hija del campo avezada á las fatigas de las rústicas labores y á las inclemencias de la naturaleza; las toscas ropas que mal cubren su cuerpo acusan la rigidez de las burdas telas de que están hechas y los rasgos de su semblante revelan frescura y robustez y tienen la expresión franca y decidida que sólo puede encontrarse allí donde son desconocidas la hipocresía y la falsedad, hoy por desgracia enseñoreadas de los grandes y aun de los medianos centros de población.

LA SALVACIÓN DEL CAPITOLIO
cuadro de Enrique Motte

Corría el año 390 antes de J. C.: los galos vencedores en Alia habían caído sobre Roma y puesto cerco al Capitolio á donde se retirara Manlio Capitolino con algunos de sus soldados, con los senadores y con los sacerdotes. Desesperados los sitiadores de la resistencia que aquel puñado de hombres les oponía intentaron á favor de las sombras de la noche sorprender la ciudadela por la parte más abrupta del monte sobre el cual ésta se alzaba y haciendo escalas de sus cuerpos y de sus escudos iban á consumar su propósito cuando el graznido de los gansos puso en alarma á los romanos que advertidos á tiempo del peligro acudieron á la muralla y lograron frustrar la intentona de sus enemigos.

Tal es el asunto que Enrique Motte ha utilizado para su hermoso cuadro en el cual, además de la verdad histórica de la que tan apasionado se muestra este pintor, resplandecen no pocas bellezas de orden artístico.

LA CONFIDENCIA DE LA AMIGA

Que no se trata de asunto baladí lo demuestran á las claras el interés de la que narra y la atención de la que escucha. Estó sentado ¿sobre qué puede versar la confidencia? No creemos pecar de indiscretos si decimos lo que ya habrán pensado nuestros lectores: sobre el amor, pero no sobre esa idea abstracta que ha hecho cavilar á más de cuatro filósofos y á la cual entonan sentidas endechas tantos poetas, sino de un sentimiento concreto con sujeto y objeto determinados. Si conociéramos al interesado, nosotros que hemos podido asistir á la entrevista en que se decide su suerte, le anticiparíamos la enhorabuena; de esta confidencia no puede resultar otra cosa que la realización de sus más dulces y ardientes esperanzas.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL SALVAMENTO, cuadro de Dawant

grabado por Baude (Salón de París, de 1889)

Hé aquí uno de los cuadros que más han llamado la atención en el Salón del presente año; ante él se agolpa la multitud atraída por la grandiosidad de la concepción, por la valentía y brillantez del colorido y por lo simpático é interesante del asunto. Y sin embargo, este cuadro, aparte de algunos lunares más ó menos pequeños, tiene un defecto de capital importancia que puede resumirse en la siguiente pregunta ¿quién salva á quién? Cuestión es esta que los críticos franceses no han logrado todavía resolver de una manera definitiva pues argumentos no pocos hay en pro de las dos opuestas afirmaciones.

Estos mismos críticos, empero, aun admitiendo todas estas objeciones que á la valía del lienzo se oponen, están contestes en que la obra de Dawant es grande, está llena de bellezas superiores indiscutibles y asegura á su autor un lugar preeminente entre los pintores de la escuela contemporánea.



ENRIQUE SERRA

SAN JUAN Y SAN PEDRO

Y LAS VERBENAS DE OTROS TIEMPOS

Remotísimo es el origen de las verbenas de San Juan y San Pedro, y sobre todo la primera en España se celebraba no sólo por los cristianos sino también por los moros, como lo dicen las tradiciones y romances viejos, pues también los musulmanes reverenciaban al santo Bautista, á quien llamaban el Profeta Alí (1).

Plebeyos y cortesanos, damas y caballeros, viejos y mozos tomaban parte en tan alegre fiesta, pero cuando entre nosotros tomó aspecto singular fué en los reinados de los Felipes de Austria, sobre todo desde que la corte se estableció definitivamente en Madrid.

El Prado, el río y, sobre todo, para los palaciegos, los fastuosos jardines del *Buen Retiro*, tenían gran atractivo en las noches de San Juan y San Pedro, en las que damas y galanes, prevaliéndose de la holgura que en aquella ocasión reinaba, por gracia especial que los santos dispensaban á los madrileños, salían en busca de aventuras á tan amenos sitios.

Así decía Benavente, en su entremés: *El negrito hablador*, por boca de sus personajes:

Alonso. Alegre noche.
Pedro. Siempre del Bautista
Son alegres las noches.
Angela. Por lo menos,
En Madrid celebradas.
Francisca. Yo aseguro
Que se venden por lindas en el Prado
Mil feas esta noche, etc.

En efecto: el socorro de los mantos, la confusión, los coches, la obscuridad que en aquel tiempo reinaba en calles y paseos, eran aliciente y medio para que las mujeres, sobre todo, hiciesen perder la brújula á más de cuatro galancetes que pretendían pescar á río revuelto (2).

Pero lo que por todo extremo excitaba la curiosidad y el deseo de las madrileñas eran las suntuosas fiestas que de ordinario se disponían para aquellas noches en los jardines y palacio del Buen Retiro, donde el lisonjero Conde-Duque de Olivares tenía como aprisionado al Rey con agradables cadenas de festines y comedias, aturdiéndole con ellas para que no oyese la desastrosa tormenta que estaba devastando la monarquía, así como «para que el gusano de seda no se muera al encapotarse el cielo y echar bravatas, así de truenos como de los rayos que arroja, el remedio único es tocar guitarras, sonar adufes, repicar sonajas y usar de todos los instrumentos alegres que usan los hombres para entretenerse (3).»

Tan general era la afición á concurrir á estas magníficas fiestas y á la algazara y bullicio que ofrecían el Prado y el Manzanares, que exclamaba un poeta (4):

¿Qué sabandija se queda
La víspera de San Juan
Sin ir al río, si hay río,
Y sin ir al mar, si hay mar?
. . . .
. . . .
Según eso, no es milagro
Que en Madrid, que aun río no hay,
Vayan todos á un estanque,
Que de mar tiene el caudal.

Era, por tanto, preciso seguir la general corriente y dar lo suyo á una época y un mes que:

Para *San Juan* pide coches
Y meriendas en el río (5).

Los poetas más afamados de la corte ponían á contribución su ingenio para que en las noches de San Juan y San Pedro pudieran los Reyes y los cortesanos disfrutar funciones teatrales que dejaran atrás en esplendidez, tramoyas é iluminaciones, cuanto se tenía noticia que hasta entonces se hubiese hecho.

Calderón, Mendoza, Solís, Cáncer y Quiñones de Benavente, como poetas de comedias, bailes y entremeses; Cosme Lotti y Luis Vaggio como arquitectos y tramoyistas; Prado, Ascanio, Juan Rana (Pérez), la Heredia, la Córdova y la Riquelme, como representantes, todos eran puestos á contribución en tan memorables noches, para que nada faltase á la perfección de la fiesta.

Aunque en el palacio del Buen Retiro se había construído un soberbio coliseo, que al decir de algún escritor contemporáneo era *afrenta de los romanos anfiteatros* (6), para estas noches no se le conceptuaba ni á propósito, ni bastante á dar cabida á la mucha gente que bajo el estrellado y hermoso cielo de verano, deseaba disfrutar las verbenas de tan populares santos.

Notable fué la comedia que con tal objeto se preparó en la noche de San Juan de 1635, en que se representó la de Calderón: *El mayor encanto, amor*, en medio del gran estanque del Retiro, pero quedó muy atrás y obscurecida esta función con la celebrada en el siguiente año de 1636.

Desde el 19 de junio estaba el Rey en el Buen Retiro, á donde había trasladado su residencia, llevado por la amenidad del sitio, y allí diariamente gozaba de distracciones como paseos, luchas de fieras, meriendas, etc.

La víspera de la verbena de San Juan palpitaron de temor é impaciencia más de una vez los corazones de las bellas y de los galanes, que aguardaban ansiosos la función anunciada, pues aquel año se esperaba que fuese magnífica, por los preparativos y gastos que había hecho el Conde-Duque de Olivares.

He dicho que palpitaron de temor los corazones, porque el cielo, queriendo, sin duda, tener en jaque á los cortesanos de la tierra, aficionados á tan profana fiesta, hecha en obsequio de otro de los más grandes cortesanos del reino de los cielos, del Santo Bautista, se presentó ya claro, ya lluvioso, pero por fin dió espacio para que la función pudiera lograrse.

Habíase construído al efecto un teatro con su escenario abierto por arriba, de tan excelente fábrica, que dicen los pomposos coronistas de la época *aventajaba sin duda* al que en Roma hizo Marco Scauro.

Era un hemiciclo que por ninguna parte embarazaba para ver, tan capaz que en él cupieron con sobra los convidados, á pesar de ser muchos.

Los asientos estaban divididos por medio de canceles, formando arcos de flores y hiedra, tan abundantes, que era una verdadera copia de la naturaleza.

Habíanse formado nada menos que tres escenarios, para que en cada uno se ejecutase una jornada de la comedia,

---

(1) En *El escudero Marcos de Obregón*, de Espinel, dice el renegado á un español: «Ven conmigo, no como esclavo, sino como amigo, que quiero que con libertad te alegres en estas fiestas que hoy se hacen al *Profeta Alí*, que vosotros llamáis San Juan Bautista.» *(Relación II. Descanso XI.)*

(2) Así decía cierto poeta:
Que hay mujer que en el engaño
Que en esta noche previene,
Librados los gustos tiene
De los deseos de un año.
Alarcón: *Las paredes oyen* (act. I, esc. XVI).

(3) Con estas frases satirizaba lo que con el Rey se hacía don Jerónimo de Barrionuevo, quien se entretenía en escribir *Avisos* de lo que acontecía en la corte, como lo hicieron también por entonces Pellicer, Manjarrés, León Pinelo y otros anónimos. (Bib. Nacional, ms. H. 100.)

(4) Benavente, en el entremés de *Las dueñas*, que se representó en el Retiro en una de esas celebradas fiestas reales.
Lope de Vega en su *Dorotea*, dice por boca de ésta, hablando del Manzanares, que «más vale una noche de San Juan suya, entre verbenas, álamos y mastranzos, que los días de barcos enramados,» (del Guadalquivir). *Act. II, esc. II.*

(5) El referido Benavente, en su entremés: *La Capeadora*.

(6) Así lo dice D. Luis Vélez de Guevara en su novela: *El Diablo Cojuelo*.

que era *Los tres mayores prodigios*, de Calderón, debiendo intervenir en la representación *tres compañías teátricas* diversas, como en certamen y oposición.

El pavimento estaba cubierto de alfombras riquísimas, tejidas de flores, y en todo el ámbito del teatro se alzaban cuatro pirámides, en cuya cima había hachas y en los tres frentes de cada una, alumbraban unos leones plateados, que sostenían sendas antorchas, siendo doce al todo, habiendo por lo alto del teatro cincuenta vistosos faroles, contándose en junto más de mil seiscientas luces.

Habiéndose despejado los nublados, como dicho queda ya, la víspera de la verbena de San Juan se llenaron de agua los estanques, surcados por muchas barcas, y hubo bailes de representantes y músicas, y en el Prado gran número de coches, estando los Reyes hasta las doce en los balcones que miraban hacia aquel paseo.

La comedia no se representó hasta la noche misma de San Juan, dando principio á las diez y terminando á las dos de la madrugada, y aun no debió representarse muy despacio, si se tiene presente que entre jornada y jornada hubo tres bailes y tres entremeses, uno de ellos de monos y otro en que tomaron parte treinta y ocho personas, dando principio la función, según se usaba, por una loa.

La concurrencia fué de lo más principal, pues de orden del Rey se invitó á los Reales Consejos, á los grandes de España y á los embajadores de las potencias, y tan complacidos quedaron todos, y en especial el Rey, que á don Pedro Calderón le fué hecha merced de un hábito de Santiago, cosa que pareció muy bien á todo Madrid.

Pero si notable había sido la fiesta de San Juan, no se quiso le fuera en zaga la de San Pedro, príncipe de los apóstoles; así que la noche de la víspera se previno de nuevo á los reyes gran diversión y regocijo de músicas, y volvieron numerosas barcas á surcar las aguas del gran estanque, el cual había sido fabricado últimamente.

Dice un adagio popular que «á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga,» y se conoce que aquella noche no debía haber merecido la fiesta acogida tan favorable en las celestes esferas, pues cuando el numeroso concurso, en el que había multitud de coches, invadía el Prado, el peso del agua que contenía el estanque hizo reventar el paredón de cal y canto que caía á la parte del Prado, con lo que el agua inundó aquel paseo, entrando hasta por las ventanas del palacio, con lo que se convirtió aquél en un lago, ó se *alagó*, como dice un manuscrito de la época (7).

Quiso la ventura del monarca que éste se hallase en aquel momento haciendo colación en una de las ermitas próximas, con lo que se libró del riesgo que hubiera corrido si el rompimiento del murallón hubiese acontecido cuando con la reina y los infantes se hubiese hallado en las barcas, según pensaba hacer acabada la refacción.

Como, por suerte, el fracaso no pasó de un susto regular, no obstante el mal agüero, túvose la comedia á la siguiente noche, que era domingo y día de San Pedro, repitiéndose la de *Los tres mayores prodigios*, con la descripción de las tres partes del mundo, Europa, Asia y Africa.

El año siguiente de 1637 se celebró también grandemente la verbena de San Pedro, y Olivares ordenó que se hiciese una tramoya nueva, dispuesta por el ingeniero italiano Cosme Lotti, ó como el vulgo le llamaba, *Cosmelot*, que había de ser *la primera cosa del mundo* (8), y además una mascarada. La comedia debía ser: *Apolo y Climene*, de Calderón.

Pero cuando se echó el resto fué dos años después, en el de 1639, en que para divertir á las personas reales trabajaron de consuno el Conde-Duque de Olivares y el duque de Medina de las Torres, que á la sazón era virrey de Nápoles, quien en la competencia que con grandes señores extranjeros sostuvo, pretendiendo la mano de la fastuosa italiana princesa de Astillano, obtuvo la palma de Himeneo.

El duque había enviado de Nápoles varias góndolas, con destino al estanque del Buen Retiro, para que se empleasen en las noches de las verbenas de San Juan y San Pedro.

Al efecto de poder efectuar la representación en las aguas del estanque mismo, se hizo elevar sobre él unos tablados, obra de Lotti, que era el alma de la tramoya.

Debía echarse una comedia de Calderón, autor también obligado de estas fiestas, como de los autos del Corpus, y era la de aquel año: *El hijo del Sol, Faetón*, pues, como por los títulos se nota, escogían siempre los poetas asuntos mitológicos, que se prestaban más que otros para el lujo del decorado.

En la comedia de aquella noche algunas de las escenas debían ejecutarse sobre el agua, en carros marinos, como cuando dice Faetón, anunciando la salida de Tetis:

Hoy, ó miente aquel escollo,
Que su *triunfal carro es*,
Costeando viene la orilla.

(7) Bib. Nac., ms. H. 38.
(8) Bib. Nac., ms. H. 38.



OVIDIO EN EL DESTIERRO, estatua de Héctor Ferrari

Más de tres mil luces derramaban sus resplandores por el estanque, surcado por las góndolas, dentro de las cuales no sólo debían ver la comedia los reyes y convidados, sino también cenar.

Para aquella noche fueron invitados los grandes de España y señores de la corte, los embajadores y los cardenales Borja, Moscoso y Spínola, que se hallaban en Madrid.

La princesa de Astillano, mujer del virrey duque de Medina de las Torres, quiso hacer alarde en aquella fiesta de su esplendidez y riquezas, y en efecto, á sus expensas, se regaló á cada una de las damas que concurrieron á la nocturna representación un canastillo de plata, con una salvilla de oro, no pequeña, y en ella un huevo, también de oro; además un rico lienzo de narices, una toalla de tela de Cambray y para la cabeza un *serenero* (9) de tafetán, guarnecido todo de riquísimas *puntas* ó sea encaje. Cada uno de los regalos se valuó en más de 300 ducados, pudiéndose calcular por eso la prodigalidad de la de Astillano (10).

De este modo magnífico siguieron festejándose en el Buen Retiro las famosas verbenas de San Juan y San Pedro, mientras el reinado de Felipe IV, si bien como el gasto era tan enorme y el tesoro se agotaba por momentos con las desastrosas guerras en que se perdían el territorio y la preponderancia de la patria, en adelante inventáronse algunos arbitrios para el sostenimiento de las comedias del Buen Retiro, como fué el creado en febrero de 1656, imponiendo un cuarto sobre el aceite.

Aquel mismo año, á la comedia del día de San Juan concurrió el público, pagando la entrada, como en los demás corrales ó teatros, habiéndola fijado el Consejo de Castilla en cuatro reales. ¡Tanto habían mudado los usos desde el tiempo de la de Astillano!

Estos breves apuntes habrán dado una ligera idea á los lectores del modo singular como se celebraban las verbenas en aquellos tiempos, y podrán observar lo que de ellos ha trascendido á los nuestros.

JULIO MONREAL

UN HOMBRE DE MAR

(Boceto marítimo)

Hombres hay para los cuales una de las cosas más graves que pueden ocurrirles en la vida es perder una ilusión y así, para no verse en ese trance fiero, hacen «los imposibles,» según dicen ellos, y ora renuncian á toda lectura y trato con las gentes; ya miran con desdén, desdeñosamente quiero decir, las pompas y vanidades humanas ó bien se retiran al hogar paterno *de su tía* y allí, lejos del mundo, comen su cocidito dándoseles tantos ardites (medida de capacidad para hombres sólidos) de lo que ocurre más allá de sus garbanzos; como cominos me importan á mí las nubes de antaño.

Otros, más prácticos, llaman al pan pan y al vino vino, como el castellano viejo, y cuando les engaña una mujer – pongo por caso de pérdida de ilusión – y los abandona, se entregan con empeño á la ilusoria tarea de buscar otra estable, comprendiendo pronto que sin ilusión podrían vivir pero no sin mujer, habiendo algunos, en este capítulo, tan marrulleros que traen al retortero dos ó tres mujeres y están ilusionadísimos por todas ellas, yéndoles tan bien con el sistema, que en cuanto se les inutiliza una, sea por lo que sea, se procuran otra para cubrir la vacante y les va tan ricamente. El resultado es que en este mundo cada cual abriga ó descubre sus ilusiones, según la estación y su manera, y ¡guay! de aquel que no las tenga, porque la verdad es muy dura de cocer y conviene dorarla un poco para tragar la píldora y vivir aquí en santa calma. Pero entre tener ilusiones, ya se las abrigue ó se las destape, y vivir de mentiras, media un abismo.

Una de las ilusiones más extendidas entre el común, con perdón sea dicho, de las gentes, es la de creer que el *hombre de mar* es un ser semianfibio, diferente por completo de los demás, que anda con las piernas muy abiertas, que fuma en pipa, que dice ¡mil – ó más – carronadas! á cada paso con voz aguardentosa y que nunca se quita la gorra ni sabe qué hacerse de las manos. Si á un autor dramático cualquiera le ocurriera presentar al público un *hombre de mar* y no le asignara las extravagancias que acabo de citar, por lo menos, ni al actor encargado de representarlo en la escena le parecería bien caracterizado el personaje, ni al público tampoco. Al hablar debe abusar de los términos técnicos de náutica: algo de escota y foque y amura, su poquito de barlovento y mucho de carronadas; sin carronadas con voz de trueno no hay nada de lo dicho.

Pues bien; ese tipo ha desaparecido, sin que sea esto asegurar que en la realidad haya existido nunca; y siento quitar esa ilusión á las personas de gusto apegadas á ella, aunque si tanto lo están, lo mejor será que sigan en sus trece, que no den crédito á mis palabras y que continúen creyendo que fuera del capitán Tiburón, el de la zarzuela bufa, y del contramaestre de Marina, zarzuela bufa también, por más que digan, no hay hombres de mar, propiamente dichos, ni los puede haber «aunque se juntara el cielo con la tierra,» lo cual es aun más difícil de lo que creen muchos de los que lo dicen.

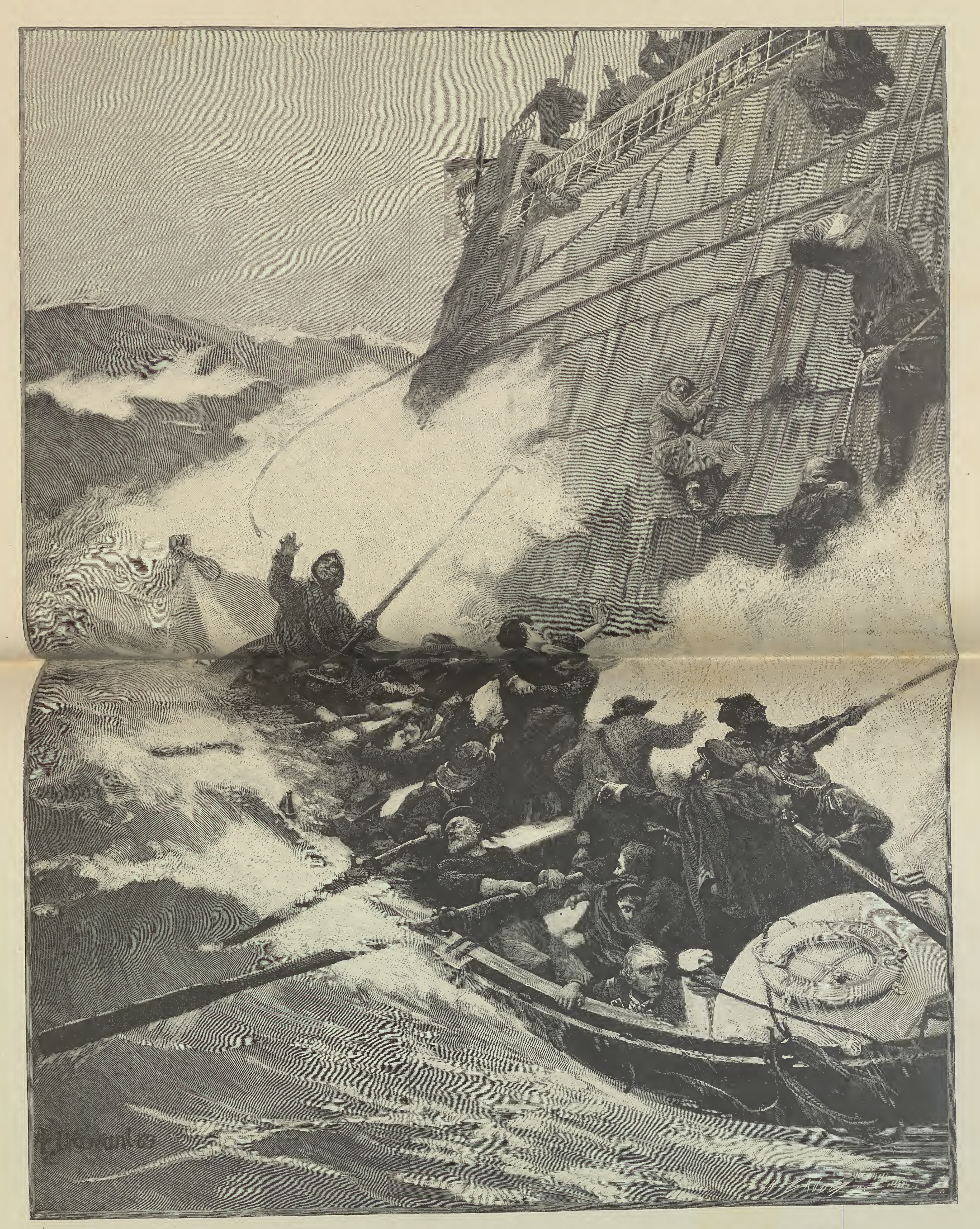
En los barcos, como en todas partes, pues en el mismo cuerpo diplomático se dan ejemplares, hay hombres rudos por naturaleza ó por falta de educación, y hay infelices que desempeñan á maravilla el papel de enano de la venta ahuecando la voz y diciendo ¡allá voy! aunque luego no vayan á ninguna parte: hay hombres que son erizos naturales, favorecidos por la anatomía, que pinchan por todas partes á todo el que se les acerca, y hay otros que siendo unos benditos de Dios se disfrazan de erizo y hacen como que pinchan aunque sólo logren arañar y hacer cosquillas que le dan risa á quien se defienda algo, y de esos dos tipos se ha hecho en el teatro el del hombre de mar, como del soldado andaluz y del soldado listo – que son dos, porque se puede ser muy andaluz y muy tonto en una pieza, – se ha hecho el asistente que sale para hacer reir en el teatro y lo consigue, de cierto público principalmente. Pues lo mismo abunda en los barcos el hombre de mar que nos presentan en el teatro para que nos riamos de sus bestialidades de patán, que en los regimientos el asistente que en análoga situación nos presentan para que celebremos sus agudezas de almanaque; uno y otro tipos son rarísimos, si es que hay alguno en el mar y en la tierra de verdad.

Un amigo mío, jefe de la Armada, tenía á su servicio un marinero viejo bastante despejado pero poco instruído y que nunca había estado en el teatro; un día en Cádiz lo mandó al Principal y después le preguntó qué le había parecido, á lo cual contestó el verdadero hombre de mar: «el que hacía de marinero muy mal, *era un cómico*; lo demás *muy propio* todo». Pues lo que le pasó al marinero despejado pero poco instruído, le sucede á la mayoría del público: acepta como *muy propio* el mamarracho que le sirve de hombre de mar, porque no conoce ni sabe distinguir el verdadero tipo, y critica lo demás porque se figura conocerlo. Y de todo tiene la culpa esta pícara imaginación meridional que nos domina de un modo horroroso, y nos hace vivir enredados en un fárrago quijotesco de metáforas, exageraciones y embustes; que nos obliga á encontrar bien dicho que llamen «sol líquido» *(sic)* al Jerez, cuando con su nombre propio le basta, como á las libras esterlinas, para pasar y ser buscado en

(9) El *serenero*, como la palabra lo indica, era un género de abrigo que las mujeres colocaban sobre la cabeza para resguardarla del sereno de la noche.
(10) Estas noticias se hallan en el códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, H. 72.



DANZA ORIENTAL, cuadro de Enrique Serra (grabado por M. Weber)



EL SALVAMENTO, cuadro de Dawant, grabado por Baude

Salón de París, de 1889



LA ESTRELLA DEL PASTOR, cuadro de Julio Bretón (Exposición Universal de París)

todas partes; que nos hace decir á las señoras «beso á usted los pies,» aunque no las besemos en ninguna parte y menos todavía en los pies, y que autoriza á los franceses, lo cual es más grave, para que cuando se ponen á fantasear digan que están haciendo *des chateaux en Espagne*.

La verdad es que se puede ser muy hombre de mar y muy fino y sociable al mismo tiempo. Nelson, que como *hombre de mar* era un colmo, resulta en todas sus biografías un perfecto *gentleman* galante, demasiado galante con las damas y hombre de delicada constitución física; don Alvaro de Bazán, el famoso primer marqués de Santa Cruz de Mudela, aquel

que el fiero turco en Lepanto,
en la Tercera el francés
y en todo el mar el inglés
tuvieron de verle espanto,

fué también un caballero correctísimo, bien quisto en la ceremoniosa corte de Felipe II y amigo y protector de poetas y otros artistas; Gualterio Raleigh, el favorito de Isabel de Inglaterra, – favorito *indescriptible*, como dice el castizo Pepe Yxart cuando tropieza con algo sucio ó pornográfico; – ese fué un insigne hombre de mar y un agradabilísimo hombre de sociedad del cual se conservan rasgos, como el del verso escrito en el cristal y contestado por la reina su querida, y el de la capa de terciopelo extendida sobre el barro para que aquella no lo pisara, que lo colocan á la altura del cortesano más hábil y discretamente enamorado.

Porque sacar como tipo de hombre de mar á un modrego que no se sabe si es hombre ó un molusco incrustado en las tablas de un barco, á las que fué á parar desde las rocas de una costa, y que continúa, cogido á los obenques, la vida que empezó amarrado á la bancada de un bote de pesca; poner en situaciones difíciles de la vida social, llena de convencionalismos y de modas exóticas, á un hombre que vive apartado de esa vida y que no la busca ni la quiere; obligar á un ser, aunque posea la inteligencia humana, tan dúctil y maleable como ella es, á que se adapte sin período de transición á un medio que desconoce y que en nada se parece al que antes le rodeó, todo eso será muy socorrido por los ingenios ralos y les permitirá cultivar el campo tan agostado ya de los contrastes; pero ni el personaje será real, sino ficticio, ni la risa ó cualquier otro efecto que produzca estarán justificados porque nazcan de la verdad del documento que se examina, al cual ha de faltar necesariamente el indispensable *color de humanidad*, que dijo el otro. Como en los barcos, cuyo público es escogido, no producen efecto ni extrañan á nadie las torpezas que hacen y las vaciedades que dicen los terrestres que los visitan ó accidentalmente viven en ellos: unos y otros son naturales.

Claro es, y yo soy el primero en no dudarlo, que el medio ambiente modifica por manera evidente el carácter de las personas sometidas á la influencia suya, pero no en la masa del carácter, si puedo expresarme así, sino en la dirección que toman los movimientos impulsivos que lo exteriorizan ú objetivan; así es que en un barco el hombre de carácter jovial no se hará tétrico é hipocondríaco por el hecho de estar embarcado sino que para esparcir su genio tendrá que buscar otros caminos distintos de los que en tierra tiene á su disposición; no irá al teatro, por ejemplo, ya que tan teatral sale este artículo, pero representará él; no retozará con las muchachas, pero las recordará y hablará de ellas con muchísimo gusto; lo mismo el hombre de genio taciturno ó encogido no se suicidará en cuanto se embarque, sino que en vez de estarse metido en casa ó pasear por lugares solitarios, como hacen sus similares terrestres, hará vida de camarote y hablará sólo lo preciso. Es decir, que no se puede dar una fórmula exacta del *hombre de mar* como se podría dar una receta para matar ratones; más aún: creo que el *hombre*, tal hombre, *de mar*, no existe, como no existe el de minas ni existirá el aeronauta especialísimo.

Si á cualquiera de nosotros lo cogen y lo meten en un subterráneo, desde la luz plena, al pronto no verá nada, luego verá un poco y acabarán sus órganos por acomodarse para aprovechar toda la claridad que allí haya; al salir tampoco ve, le deslumbra el excesivo resplandor, pero acaba por acomodarse al nuevo ambiente; la acomodación de los órganos es la adaptación en los caracteres y lo mismo, antes ó después, mejor ó peor, se verifica aquélla que ésta. Antes no sé lo que ocurriría, aunque por los tres hilos que he cogido, Nelson, Bazán y Raleigh, creo fácil sacar un ovillo, pero lo que es ahora respondo de que un *hombre de mar* no es otra cosa que un valiente embarcado y sabiéndose manejar á bordo.

Nada de carronadas ya, nada de hacha de abordaje ni de balbucear para decir con ilación siete palabras seguidas. En los barcos hay de todo, como fuera de ellos, y el título de *hombre de mar*, que lo es sin duda, pues esa frase indica la idea de marino ejemplar y distinguido, no se adquiere por ahuecar la voz, pues mucho más la ahueca un chantre de catedral, ni por estar mucho tiempo en los barcos, pues allí nacen y mueren las cucarachas, ni por las demás ridiculeces con que exornan al personaje casi todos los noveladores y dramaturgos que pretenden presentar el tipo al público; se adquiere siendo un hombre de valor sereno, capaz de abnegación y de entusiasmos, y demostrando en los barcos esas cualidades. Si César no se hubiera embarcado más que una vez, aquella en que desencadenada la rugiente tempestad, perdido el gobierno de la nave, juguete de las olas encrespadas, todo era á bordo confusión y miedo y él se impuso, grande y sereno, con su actitud magnífica y una de sus más hermosas frases, restableciendo la confianza y el orden desaparecidos, César en aquel solo momento, sólo por aquel hecho, hubiera conquistado la honrosa categoría de *hombre de mar*.

Federico Montaldo

MIRTILA Y SUS TRES ENAMORADOS

por don F. Moreno Godino

I

Estos cuatro personajes eran los tipos más notables del Barrio de la calle de Segovia, y aun en Madrid, donde hay tantos, pasarían por inverosímiles y absurdos, si la mayor parte de ellos no viviesen todavía.

Reunióles la ley de la atracción y se conocieron mutuamente en la tienda de la calle del Nuncio, titulada del *Botijo Encarnado*, que como todo el mundo sabe, es digna émula y competidora de la del *Botijito*, situada en la calle de Toledo.

Estos botijos no contienen agua, como parecía natural, sino aguardiente más ó menos de Chinchón que al decir de los aficionados, es una especialidad en su género; y así debe ser, puesto que ambos acreditados establecimientos están siempre llenos de una sociedad selecta, entre la que descuellan:

Alegría.

El Pérdis de la media negra.

El Tío Rata.

Pero vamos por partes.

He colocado en primer lugar á Alegría, porque es el más joven y el más comprensible.

Alegría (no sé si esto es apellido ó mote) tiene veintitrés años de edad, y no sería feo á no tener siempre la nariz encarnada como una remolacha. Viste con algún abandono, y en su traje predomina siempre el color rojo, sin duda para hacer juego con el de su nariz; así es que además de un pañuelo encarnado al cuello, casi siempre lleva un levitín encarnado como los que suelen usarse en Filipinas. Alegría justifica su nombre ú apodo, porque siempre está alegre y risueño á veces sin motivo. Es secretario íntimo, escribiente memorialista ambulante de los aguadores del Prado y del Paseo de San Vicente, y por esto lleva siempre en el bolsillo un tintero de cuerno y demás recado de escribir.

Así se gana la vida, vida fácil y reducida á su más mínima expresión, porque Alegría, hasta poco antes de la época de este relato, nunca tuvo casa ni obligaciones. Descabezaba el sueño en las tabernas y buñolerías, hacía su tocado en las fuentes públicas teniendo por toalla el aire y el sol, y él mismo lavábase su ropa en el cristalino Manzanares.

Pues no obstante estas deficiencias, resulta el tipo más limpio y correcto, de los que tengo el gusto de presentar al lector. ¿Cómo serán los otros?

Son del tenor siguiente:

Un hombre que lo mismo puede tener treinta años que setenta, puesto que en su apergaminado rostro no puede leerse la edad. Con una nariz apenas perceptible, unos ojillos opacos que parecen dos incisiones en una calabaza, porque no hallo cosa más exacta con la que comparar su frente y su cabeza en la que no hay ni un solo cabello rezagado, dos orejas inmensas por donde asoman mechones de los nervios capilares, que se han desarrollado por dentro, y un cuello largo y grueso que se asemeja al fuste de una columna corintia.

Tal es el Pérdis de la media negra.

Su delgadez es tal, que á veces se le asoman los huesos á través de la epidermis. Su semblante ofrece la expresión espantada de un buho expuesto á la luz del sol, y su voz, de acento metálico como el grito del elefante, parece como que sale del fondo de un abismo lejano.

Su traje es una mueca. Lleva un gran sombrero de copa en forma de campana, que él dice que es de castor, con tres agujeros en la copa para facilitar la traspiración. Las alas, primitivamente debieron ser grandes, pero el Pérdis ha ido acortándolas conforme se van deteriorando, y en la actualidad sólo tienen dos dedos escasos. Usa un corbatín de suela como antiguamente los soldados. No gasta chaleco, y se sostiene los pantalones por medio de un solo tirante de orillo que le cruza el pecho á guisa de bandolera. Cuelga de sus hombros un levitón de forma antigua, de color de manzana, con un cuello parecido á la collera de una mula de tiro, y como suprema extravagancia, lleva una media negra en el pie izquierdo, el derecho desnudo, y ambos metidos en unas alpargatas negras: lo cual ha dado origen á su apodo de *Pérdis de la media negra*.

Respecto á mis lectores de Madrid (si los tengo) estoy tranquilo, porque en la heroica villa-corte estamos fogueados contra toda clase de extravagancias; pero temo que algún provinciano que no ha venido, ó ha pasado someramente por este *pandemonium* cortesano, suponga que miento ó fantaseo, exhibiendo tipos que no existen en la naturaleza humana. Desgraciada ó afortunadamente ésta se enlaza tan por completo con el resto de la creación, que el hombre es el dechado de todas las monstruosidades físicas y morales de los demás seres y cosas que pululan en el mundo.

Respondo, pues, de mi veracidad. Los personajes de este relato están tomados del natural, y sólo he hecho esta digresión para descargo de mi conciencia.

Porque lo menos importante es la parte externa del Pérdis de la media negra. Para describirle moralmente necesitaría volúmenes. Raya en el idiotismo y se cree un sabio. Es pobre y débil y más soberbio que Tarquino. Apenas sabe leer y presume de poeta. Apenas siente la vida y pretende tener una fuerza hercúlea de corazón.

Duerme en un chiribitil sobre un jergón y come del rancho sobrante que se reparte todas las tardes en el cuartel de la Escolta Real.

Se cree un genio desconocido, pero que el día menos pensado conmoverá al mundo, y se resigna á vivir por amor á la humanidad. Ha escrito dos obras (inéditas por supuesto): una un tratado de ornitología y la otra de astronomía.

En la primera pretende probar que el mirlo tiene opinión política, fundándose para ello en que hay mirlos que cantan la Marcha Real y mirlos que entonan la Marsellesa; en la segunda afirma que la estrella Alfa del Centauro sólo dista de la tierra cuatrocientos veinte kilómetros y cinco metros.

Cuando sus trabajos científicos se lo permiten, hace versos en memoria de su padre que fué alto funcionario del Tribunal de la Rota y primo segundo de Meléndez Valdés, y en ellos aconsonanta escorpión con Palafox.

Hasta hace poco el Pérdis, aunque contrariado y no comprendido, vivía hasta cierto punto feliz é independiente como España antes de la invasión cartaginesa, pero un encuentro fatal vino á robarle su tranquilidad...

Pero no anticipemos los sucesos.

II

El joven Alegría conoció al Pérdis en la tienda del *Botijo Encarnado*, y se hizo su amigo y admirador. Le cree omnisciente, y siempre que hay crisis política, se admira de que la Reina no le llame para formar ministerio. El Pérdis le abruma con su superioridad, y le atrae además por la ley de los contrastes; pues éste tiene tanto de sombrío y melancólico, como aquél de jovial y expansivo.

Dicho esto, debo ocuparme del Tío Rata, y al hacerlo me tiembla la pluma, porque este ser raya en lo extranatural y hace creer en el espiritismo y demás zarandajas.

Considerado el Tío Rata como hombre, y sobre la superficie de la tierra, ofrece poco de particular. Sesenta años de edad, rostro embrutecido sin nada saliente, ojos entornados y hundidos como los de todos los que viven mucho de noche ó en la noche, cuello corto, piernas encorvadas hacia fuera que indican fuerza corporal, pies enormes calzados á veces con las chapeadas botas del oficio: he aquí al Tío Rata en su aspecto exterior.

Aparenta lo que efectivamente es, *Jefe de alcantarilleros del distrito de Puerta Cerrada*. En este concepto es notable, pero no maravilloso, como diré después.

Conoce casi desde niño la alcantarilla de Madrid, ese inmenso espacio subterráneo que abraza cerca de cuatro leguas de circuito. Se sabe de memoria el confuso enverjado de las cañerías de gas, los tubos que distribuyen el agua á las fuentes públicas, los desagües de los pozos, los cauces de los albañales, los atajos de grava ó de mampostería, y los *sibiles de acometimiento*, que comunican con las cuevas de los edificios y constituyen las entradas á la alcantarilla.

Es el erudito del miasma y de la podredumbre, el explorador de las tinieblas subterráneas, ó mejor dicho, ya nada tiene que explorar porque lo conoce todo, y anda por debajo del suelo con la misma facilidad que un bibliófilo por entre los estantes de su biblioteca.

Su cabeza resiste el mareo de los más fétidos olores, y entra donde ningún otro lo haría sin asfixiarse. Anda por sitios de la cloaca á los que nadie se atrevería á llegar.

Por eso el Tío Rata es insustituíble. En una ocasión quiso dejar su oficio, para emplearse en el *Matadero*, pero sus superiores consiguieron disuadirle doblándole el sueldo, para bien público y suyo particular.

Porque el Tío Rata no se conoce á sí propio, ignora cuánto influye en él la alcantarilla.

Sacadle de ésta y será un hombre vulgar, como lo es siempre que está *sobre* la tierra.

Porque... aquí entra lo inverosímil; la influencia del subterráneo labra en él inconscientemente. Debajo de la tierra sus ideas adquieren una lucidez portentosa; lo sabe todo: en la superficie no sabe nada.

Un escritor bohemio, Pelayo del Castillo, me puso en contacto con el Tío Rata, y conseguimos que nos permitiese acompañarle un día á la alcantarilla, y allí adquirí el convencimiento de que este es un *medium*, como dicen los espiritistas, ó de que se inspira en la sentina y es el poeta del fango.

Caminábamos por sitios desconocidos para nosotros, cuando en una ocasión, el Tío Rata prorrumpió en esta frase:

«En la emergencia de que la concatenación de los idiomas anihile los dialectos, el bibliópola debe conservarlos para el bibliófilo.»

Era que pasábamos por debajo de la calle de Valverde, en donde está situada la Academia de la Lengua Española.

En otra ocasión dijo:

«Los arbustos se envían en medio de la luz, perfumes y resplandores; las ramas, locas con la claridad del medio-

día, parecen querer abrazarse. Hoy el Retiro se ha puesto de gala con uniforme.»

Era sin duda que encima de nuestras cabezas estaba el *Parque de Madrid.*

También le oímos recitar los siguientes versos, al parecer:

«Torerito que pasa por bajo,
Y para los pies,
Y se arranca ó recibe los toros
Decidme ¿quién es?»

En aquel momento caminábamos por debajo de la Plaza de Toros.

¿No es esto maravilloso?

El lector no lo comprenderá, y menos yo que he visto al Tío Rata *encima* de la tierra, que apenas acertaba á pensar ni á expresarse.

Por eso he dicho antes que este tipo raya en lo extranatural.

El Pérdis de la media negra y Alegría eran amigos íntimos, pero sólo se trataban someramente con el Tío Rata, cuando algunas veces se reunían los tres en la tienda del Botijo Encarnado.

Los tres bebían, pero sin exceso. Alegría era el menos sobrio, pero prefería el vino al aguardiente.

Los tres tiraban del carro de la vida con resignación y sin grandes perturbaciones, hasta que conocieron á Mistris Mirtila.

III

La tienda del Botijo Encarnado atrajo á Mistris Mirtila como á la mariposa la luz.

¿Quién era Mistris Mirtila?

¡Oh! la quinta esencia de lo raro y de lo incomprensible; el dechado más completo de la excentricidad inglesa, la Musa más morrocotuda de la suciedad y de la embriaguez.

Era natural del Condado de Oxford, es decir una aragonesa de Inglaterra. Tenía, ó mejor dicho tuvo un talento varonil y una ilustración vastísima. Hablaba cuatro lenguas vivas y dos muertas, á la perfección.

Pero desde las alturas de la meticulosidad inglesa cayó de tumbo en tumbo al abismo de la degradación.

Una marquesa española trájola á Madrid en calidad de señora de compañía, y tuvo que despedirla.

Fué institutriz de dos niñas hijas de un ex ministro, y éste tuvo también que darle pasaporte.

Tuvo cuatro ó cinco casas en donde daba lecciones de inglés y francés, y también le cerraron las puertas.

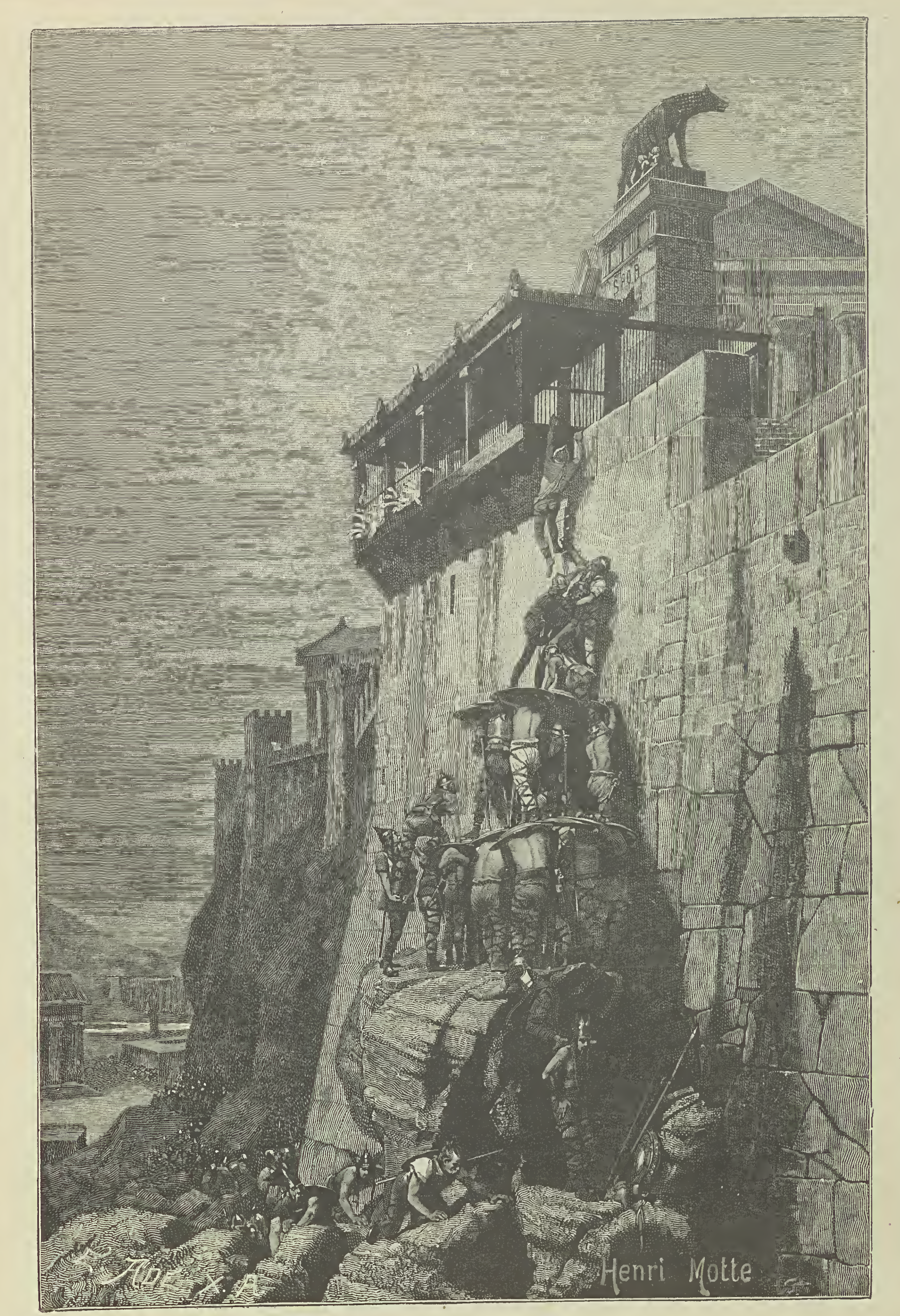
¿Por qué?

Porque la pasión internacional de la ginebra y del aguardiente se apoderó de ella por completo, y las continuas *chispas*, casi extinguieron la chispa de su inteligencia.

Cuando se presentó por primera vez en la tienda del Botijo Encarnado, vivía ya casi de milagro y estaba en el prólogo del *delirium tremens.*

Tenía cerca de cincuenta años. Era rubia bermeja con cabos blancos. Sus facciones ofrecían el aspecto de una cariátide exagerada, puesto que su nariz era tan inmensa que hubiera podido admitir ronda subterránea. Llevaba en la cabeza una inmensa capota del antiguo régimen, que se parecía á un Pslop blindado de tela de araña con tripulación de cucarachas. Colgaba en sus hombros un *plaid* escocés, lleno de manchas donde no tenía agujeros, y envolvíase en una falda de alepín que se asemejaba á un sudario surcado de gusanos sepulcrales.

Pues bien, desde que los tres héroes de mi relato conocieron á este mamarracho femenino, sintiéronse atraídos hacia ella por una fuerza invencible.



LA SALVACIÓN DEL CAPITOLIO, cuadro de Enrique Motte

No quiero engolfarme en investigaciones psicológicas. Aquellos tres seres fenomenales sintieron la impresión de otro fenómeno del sexo opuesto.

La superioridad moral de Mistris Mirtila les impuso y les fascinó.

Porque ésta, en sus pocos lúcidos intervalos, era sorprendente y les deslumbraba con su conversación.

El Pérdis, idólatra del talento, la oía embobado.

Alegría la reverenciaba como á un ser sobrenatural.

En cuando al Tío Rata la profesaba una gratitud sin límites. Voy á decir por qué.

El pobre hombre, que se *iluminaba* en la alcantarilla, era y sentíase él mismo un ignorante sobre la superficie de la tierra, pero ¡cosa rara! al lado de Mistris Mirtila conservaba su lucidez de espíritu. Sin duda provenía esto de que la suciedad de ésta corría parejas con la del albañal, y como ya sabemos, el Tío Rata se inspiraba en las sentinas.

Lo cierto es que la desastrada inglesa fué la vértebra común que unió á ella á aquellos tres hombres desequilibrados.

Fueron sus tres *cavalieros serventes*, como dicen los italianos. Rivalizaron en obsequiarla y no podían pasarse sin ella.

Dios los cría...

Mistris Mirtila, aunque borracha, comprendía el imperio que ejercía, y se dejaba querer.

Pero cada día íbase haciendo más imposible su vida: ya apenas tenía para beber aguardiente, y un resto de orgullo inglés la rebelaba contra las continuas *convidadas* de sus amigos y admiradores.

Un día en que los cuatro estaban reunidos les habló en los siguientes términos:

– Amigos míos, ¿creo que Vds. me aprecian?

– ¡Oh! – exclamaron los tres en coro.

– Pues bien – prosiguió Mistris Mirtila – yo no puedo continuar en este estado de vida, sin perder mi dignidad. Me hallo desamparada, pero no quiero ser gravosa...

– Diga V., – prorrumpió Alegría que era el más vivo.

– Hay un medio de conciliarlo todo, – repuso la inglesa.

– Pondremos en práctica cuantos V. nos proponga, – observó el Pérdis.

– Y cuente V. para todo conmigo, – repuso el Tío Rata.

– Pues bueno, – prosiguió Mistris Mirtila. – He pensado una cosa. Usted, – repuso dirigiéndose á este último, – es viudo, y estos señores solteros. Ninguno de ustedes tiene familia, y todos pagan su domicilio...

– Yo no, – interrumpió Alegría, que como ya sabemos no tenía casa ni hogar.

– Pues V., como todo el mundo, debe tener un techo en qué guarecerse, – continuó Mistris Mirtila, – y he pensado que podrían Vds. vivir en mi casa.

– ¿En su casa de V.? – exclamó el Pérdis trémulo de alegría.

– Sí, amigos míos. Yo tengo una habitación extensa, y podrían Vds. ayudarme sin perjudicarse.

Inútil es decir que la proposición de la inglesa fué aceptada con entusiasmo.

¡Vivir bajo el mismo techo que la mujer amada! Sólo los verdaderos enamorados saben lo que esto significa.

Quizá á alguno de aquellos tres mamarrachos, ocurriéronsele pensamientos parecidos á los del arriero de la Venta encantada por Don Quijote, cuando esperaba desvelado á Maritornes.

La *extensa* habitación de Mistris Mirtila se reducía á un gran camaranchón y á un pequeño cuartucho anexo, situados en el último piso de una casa de la calle del Almendro.

Hiciéronse las instalaciones. El Pérdis y el Tío Rata tenían cama, buena ó mala, pero Alegría tuvo que proporcionarse un jergon, una almohada y una manta vieja.

Los tres enamorados colocaron sus *lechos* en el camaranchón, y Mistris Mirtila el suyo en el chiribitil contiguo.

El Pérdis, que era el más enamorado por ser el más sentimental, para conmemorar el fausto acontecimiento, hizo los siguientes versos dedicados al sombrero de Mistris Mirtila:

Quitado: es nube de carmín y oro
Que la crencha del sol nos deja ver.
Puesto sobre su frente, con decoro
Es bóveda del templo del saber.

IV

No quiero ocuparme de este interior doméstico, porque *peor es meneallo*; y mucho menos del dormitorio de la dueña de aquel hogar.

Penetrar en la alcoba de una mujer soltera es profanarla, y además perturbaría la paz octaviana de que gozaban los ratones, arañas y cucarachas que allí había.

Doy un salto de quince días y me detengo en la última noche de la Natividad de N. S. Jesucristo.

LA CONFIDENCIA DE LA AMIGA, cuadro de E. Schwenninger

Mistris Mirtila y sus tres pupilos determinaron celebrar la fiesta cenando juntos en amor y compaña. El Pérdis y Alegría, que se hallaban tan pobres como siempre, se proporcionaron, Dios sabe cómo, el primero una botella de aguardiente, y el segundo otra de vino, pero el Tío Rata, que ganaba un buen jornal, fué el alma de la cena, encargando en la pastelería de Botín, sobrino, un pato con nabos. Hubo también algo de cascajo y de ensalada.

Alegría, que era activo y dispuesto, encargóse de las minuciosidades.

A las once de la noche reuniéronse los comensales en la casa común. La dama inglesa se presentó encantadora, llevando en la cabeza una cinta de *moaré antique*, en la que estaban estampados los principales incidentes de la batalla de Trafalgar.

Los tres enamorados españoles no se fijaron en esta inconveniencia.

(Continuará)

NOTICIAS VARIAS

EL AFRICA CENTRAL EN 1541

En las salas de las colecciones astronómicas del Observatorio de París existe una esfera terrestre de Gerardo Mercator de Rupelmonde editada en Lovaina en 1541 en la cual aparecen varios lagos que indudablemente representan los que actualmente conocemos. El más septentrional de ellos, que lleva el nombre de *Coloe Palus*, coincide con 1'02 grados de diferencia con el Victoria Nyanza y 10° más al Sud hay otros dos que corresponden, sin duda, al Tanganika y al Banguelo. Hay, además, una porción de montañas, ríos y lugares indicados con nombres particulares que demuestran que ya en aquella época habían sido explorados.

En cambio, contiene errores tan crasos como el de dar el nombre de Zanzíbar á una extensa isla situada á 200 leguas al Sudeste de Madagascar.

Esta esfera que probablemente es la primera que se construyó con meridianos y paralelos y cuyo estudio podría ser de gran interés para los exploradores africanos, ha sido reproducida fotográficamente del original hallado en 1875 que pertenece á la Biblioteca Real de Bruselas y que fué comprada en 1868 en Gante en la almoneda de libros de Benoni Verelst.

De esta reproducción fotográfica sólo se han tirado 200 ejemplares, dos de los cuales han sido ofrecidos al Observatorio de París: uno de ellos ha sido montado en esfera, el otro se conserva en una carpeta y lleva la firma de M. Malon, 18 de mayo de 1875.

El Dr. Van Raemdonck ha redactado una memoria especial relativa á esa obra del célebre geógrafo de Rupelmonde.

FISICA EXPERIMENTAL

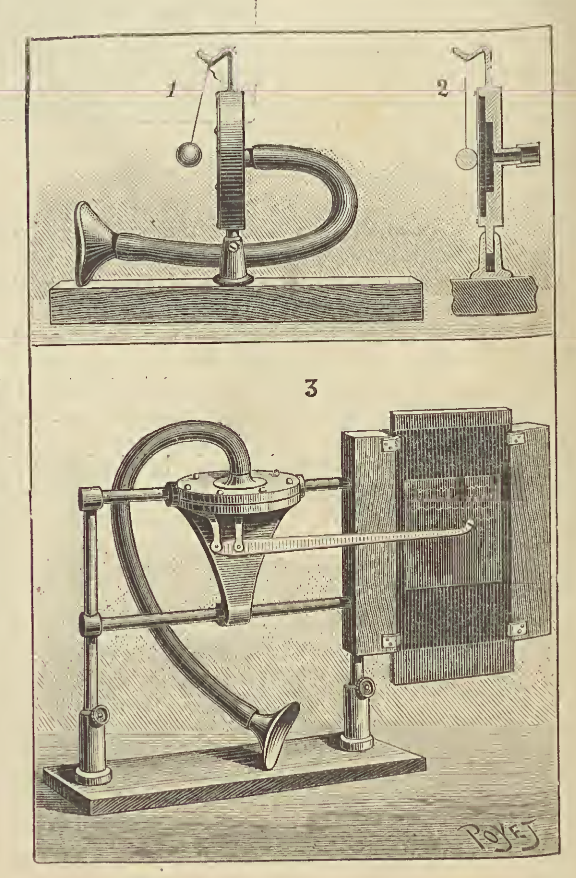
VISIBILIDAD Y APUNTACIÓN DE LAS VIBRACIONES DE UN DIAFRAGMA. – Mr. Geo. Hopkins ha construído dos aparatos sumamente sencillos para hacer visibles por proyección las vibraciones de un diafragma y para trazar las formas de las mismas: la fig. 1 es la reproducción de un aparato dispuesto para la proyección visto de lado y la fig. 2 representa una sección transversal del mismo. Sobre la placa vibrante dispuesta verticalmente aplícase una bola metálica suspendida, á modo de péndulo, de un hilo de seda fino: cuando la placa vibra, su movimiento aparece visible por los impulsos que comunica á la bola.

La fig. 3 representa un aparato destinado á trazar en un vidrio ahumado los movimientos de la placa. El vidrio va montado en un marco que permite moverlo en sentido de arriba abajo y superponer las líneas trazadas sin confundirlas; el sistema que contiene el diafragma y el estilete se desliza sobre dos brazos horizontales: el aparato todo es susceptible de ajustarse de modo tal que pueda fácilmente ser colocado delante de una linterna de proyección. La parte vibrante se compone de dos discos cilíndricos vaciados sólidamente unidos por medio de tornillos y separados por un diafragma de hierro muy delgado: el disco superior tiene un agujero del cual parte un tubo flexible terminado en una boquilla y en el centro del diafragma apóyase una especie de espiga perpendicular al plano de aquél y articulada á la palanca: ésta tiene su punto de apoyo en un brazo fijo, y en su extremo libre lleva una aguja muy fina que toca ligeramente la superficie del cristal ahumado. La palanca consiste en una delgada lámina de aluminio muy rígida en el sentido de su plano y muy flexible en la dirección perpendicular.

Para hacer el experimento colócase el aparato delante de la linterna de proyección y se hace correr rápidamente el sistema movible de derecha á izquierda mientras se emite un sonido delante de la boquilla; entonces la aguja traza una línea sinuosa que caracteriza el sonido y se proyecta en el vidrio á medida que se forma.

Este sencillo sistema permite, pues, producir un sonido y analizarlo en el mismo momento en que se produce.

(De *La Nature*)



Aparatos de M. Geo. Hopkins para estudiar las vibraciones de un diafragma.

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN